



Américo Silva

*Hombre del pueblo,
guerrero del pueblo*

Argelia Velázquez de Silva

FUNDACIÓN
Américo Silva

Américo Silva

*Hombre del pueblo,
guerrero del pueblo*

Argelia Velázquez de Silva

Ediciones digitales de la Fundación Américo Silva
2021, Caracas, Venezuela.
fundacionamericosilva@gmail.com

FUNDACIÓN
Américo Silva

Presentación

Para honrar la memoria de nuestro Padre, Américo Silva, en ocasión de cumplirse este mes de marzo de 2021, los 88 años de su natalicio (16 de marzo de 1933) y los 49 años de su fallecimiento (31 de marzo de 1972), hemos decidido editar y compartir esta significativa publicación.

Se trata de un texto redactado por nuestra Madre, Argelia Velázquez de Silva, en mayo de 2007, tres años antes de su partida física. Hoy, también en su memoria y homenaje, queremos volver a publicarlo, destacando además, su valor testimonial, su rigurosidad histórica y la asertiva síntesis biográfica que ofrece.

Y hablamos de reedición ya que inicialmente fue publicado en el libro, “*La Condición Humana de un Guerrero*”, iniciativa de nuestros tíos Italo y Fernando Silva, en la cual lograron compilar algunos artículos de diversos autores, así como cartas, fotografías y otros documentos de gran interés, relacionados con nuestro padre. En esta ocasión lo publicamos como artículo único, acompañado de fotografías (algunas inéditas), ciertas gráficas y un diseño que esperamos sea de su agrado.

Nuestra misión estará cumplida si de algún modo esta herramienta, plena de sentimiento y razón, contribuye a la difusión de la memoria histórica de lucha de los pueblos; si coadyuvamos a avivar la conciencia y el fuego sagrado y libertario de la patria; y si sumamos voluntades para encarar los grandes desafíos que implica enfrentar al imperialismo, al tiempo de construir una sociedad radicalmente bolivariana y socialista de auténtica camaradería, igualdad, justicia y paz. Que así sea, para gloria y honor de Nuestra América.

Ytalo Américo Silva Velásquez
Presidente
Hildemar Antonio Silva Velásquez
Director
Víctor Ricardo Silva Velásquez
Director

La historia de vida de Américo Silva es como una lámpara encendida que perdura en el tiempo. Está allí, con la claridad suficiente para permitirnos hurgar en ella y apreciar el papel de este luchador latinoamericano como hombre integral y revolucionario. Para valorar su historia a la luz de los acontecimientos que vivió en sus 39 años de existencia, los últimos doce dedicados a la lucha guerrillera por la liberación de nuestra patria.



La vida de Américo fue corta pero fructífera, llena de vivencias. Gran parte la viví de cerca, porque desde muy jóvenes establecimos una relación afectiva y un compromiso de lucha. Contrajimos matrimonio civil en Aragua de Maturín, estado Monagas. Era marzo de 1963. Todavía Américo podía ir al pueblo a pesar de tener responsabilidades clandestinas político-militares. Mucho me honra haber formado con él una familia con tres hijos: Hildemar Antonio, Ytalo Américo y Víctor Ricardo (Mao).

Nuestra vinculación se inicia a mediados de los cincuenta en Aragua donde vivían nuestras familias. Allí también llegaba la persecución de la Seguridad Nacional y, clandestinamente, las noticias sobre la situación del país y las acciones para derribar a la dictadura de Pérez Jiménez. Esa represión y las ansias de ser libres eran elementos que unían más a las familias adversas al perejimenismo. Américo, al igual que mi familia, estaba comprometido en esas luchas.

Al gestarse el Movimiento de Izquierda Revolucionaria, MIR, Américo participa en su fundación.

En Aragua, de inmediato, muchos jóvenes iniciamos la militancia y la creación de células políticas. Posteriormente ambos fuimos militantes de Bandera Roja. Él hasta su muerte en 1972 y yo hasta 1986 cuando me retiro de esa organización, pero no del movimiento revolucionario venezolano, pues, junto a mis hijos, continúo aportando para fortalecer y ver cristalizar los objetivos socialistas por los que hemos luchado tantos venezolanos.

Trabajar desde niño como bedel del comedor escolar de Aragua, de albañil ocasional, de vendedor de productos del campo en las zonas petroleras; ser víctima y testigo de las cotidianas discriminaciones de clase, son factores que catalizan el despertar de la esencia revolucionaria del joven Américo. Ante eso interponía la dignidad, la honestidad, el desprendimiento y la solidaridad, valores aprendidos en el hogar materno.

Su naturaleza sensible y las vivencias que experimentó, le permitieron entender los problemas sociales de su entorno cercano, los de todo el país y el papel del imperialismo norteamericano en la explotación de nuestras riquezas y del pueblo.

Esas condiciones le hacen asumir el compromiso político y convertirse en un gran combatiente. Un cuadro sincero en el debate y presto a encarar coincidencias



y divergencias ideológicas. Consciente de los peligros de la represión y dispuesto a los rigores de la vida clandestina y la lucha, fenómeno que entendía como un deber histórico de cuantos aman a su patria y desean superiores estadios de justicia y equidad para su pueblo.



Alberto Tirado. Padre.

Especial tristeza le sobrecogía con cada compañero caído. Tampoco podía ocultar las lágrimas ante un soldado muerto, sabía que los soldados también son parte del pueblo, sólo que sometidos mediante la ignorancia y el hambre terminan siendo utilizados por las clases dominantes para defender sus propios intereses.

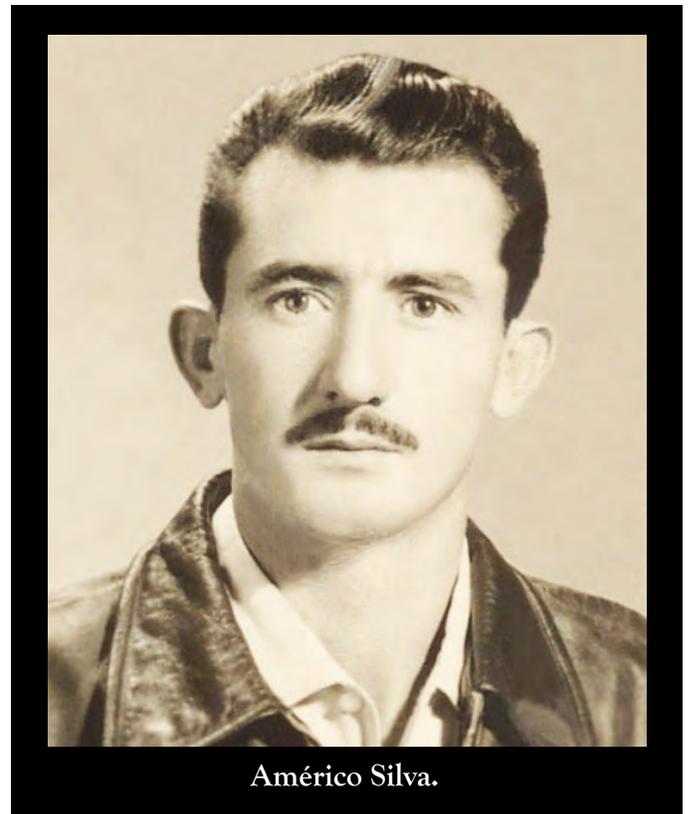
El Flaco, como le llamaban muchos camaradas cercanos, ejercía la participación política con alegría y esperanza en el triunfo. En ese devenir adquiere capacidades para adaptarse a cualquier medio. Amistoso y diáfano, por donde pasaba conquistaba cariño y respeto. Su solidaridad era parte de su naturaleza. Siempre estaba dispuesto a ayudar, a cooperar.

No sentía apego hacia los bienes materiales, se desprendía con gran facilidad de cualquier objeto si alguien lo necesitaba. Reflexionaba muy a menudo sobre esto y hacía grandes críticas contra el egoísmo y las fórmulas usadas por la gente, y generalmente por los

campesinos, cuando decían: “mi machete”, “mi mujer”. Ante eso, sarcástico comentaba: “Son los pocos símbolos de propiedad privada que creen tener”.

Américo, desde muy joven comienza a conocer la idiosincrasia de su pueblo. Su historia y costumbres, su forma de vida y comportamiento social. La sinceridad y solidaridad de unos en contraposición al servilismo y arribismo social y político de otros, son características que considera inherentes a toda sociedad dividida en clases.

Esos conocimientos y sus experiencias como integrante de un sector oprimido y segregado de la sociedad, le permiten ubicarse con exactitud en la clase social a la cual pertenece y precisar el rol histórico que esa clase social tiene en el proceso de transformación social. Así, con conciencia de clase, certero y a todo riesgo, asume su compromiso revolucionario.



Américo Silva.

La seguridad de saber quién es y qué quiere como ser social, acera su autenticidad. Era de hablar decidido y abierto. Veloz en la gestualidad. De caminar y movimientos rápidos. Un flaco espigado, aguileño y blanco. Bajo el pelo entrecano, sus ojos claros y desafiantes alumbran sueños buenos y determinantes.

Sin rodeos, dice franca y claramente lo que piensa y siente, sin temor a las naturales limitaciones teóricas, que combate a punta de estudio, intercambio de ideas y sometiendo esas teorías a la prueba de la cotidiana existencia.



**Américo Silva y un amigo.
Sentado, Fernando Silva, hermano.**

Muchos fueron los escenarios de discusiones. Uno de los más importantes se presentó en 1969 cuando se decidía el futuro del movimiento revolucionario venezolano.

Las fuerzas progresistas que venían emergiendo ya representaban una amenaza para las clases poderosas venezolanas y el imperialismo, factores que activaron políticas de represión y pacificación para concretar el exterminio o anulación definitiva de aquella vanguardia.

Mientras esto sucedía, en el seno del movimiento revolucionario se agudizaban las contradicciones internas. Las fuerzas reaccionarias y revisionistas se ubicaban de acuerdo a los intereses de su clase y cocinaban posiciones de entrega y conciliación.

Para justificar la traición los representantes de estas tendencias, que se adjudicaban la posesión de mayores conocimientos académicos y se autocalificaban de intelectuales, utilizaban su supuesta sapiencia para

descalificar a quienes los adversaban, acusándolos de incultos políticos.

Fue una dura etapa. Surgió la llamada “Guerra de Documentos”. En ese terreno los “avezados dirigentes”, en vez de preocuparse por delinear una justa línea revolucionaria que uniera las fuerzas existentes, se limitaban a hacer gala de un inútil intelectualismo.



**Retrato de Américo Silva.
Autor anónimo.**

En esa ocasión y víctima de la canalla, Américo desde el Frente Antonio José de Sucre, respondió en epístola dirigida a la militancia:



Comandante Guerrillero Américo Silva.

Carta a la militancia

Yo, Américo Silva ratifico ante el pueblo y ante toda la militancia que no soy un intelectual, que soy un hombre del pueblo, manque le duela a mis enemigos. Que no tengo más que algunas ideas generales sobre economía, sobre leyes, sobre el arte, política, etc. Tengo, (modestia al pipote) una experiencia de nueve a diez años de actividad permanente e ininterrumpida en la lucha revolucionaria venezolana. Sé lo que busco y cómo conseguirlo (...)

Las circunstancias, en su mayoría ajenas a nuestra voluntad, han ido colocando a un grupo de hombres a la cabeza del movimiento revolucionario. Esto no fue ni ha sido un plan. Ha sido el producto de la dinámica de este proceso. Yo estoy consciente de que no estoy a la altura de un dirigente nacional revolucionario pero las circunstancias me han conducido hasta estas responsabilidades y las he asumido.

Aprovecho esta oportunidad para comprometer mi nombre ante toda la militancia y el pueblo y expresar que no he tenido ni tengo interés personal en ser dirigente del MIR. Dejo totalmente claro que renuncié al cargo de Dirección que tenía en el MIR y que actualmente sólo soy un militante de esa organización, además juro que no aceptaré ningún cargo de dirección dentro del MIR. Si se creara o constituyera una nueva organización revolucionaria, juro estar dispuesto a colaborar y a cumplir cualquier otra tarea.

Los compañeros que conocen los entretelones de este “drama” y que me han apoyado y me han propuesto para cargos de dirección en el MIR saben que no miento y que me perdonen por defraudarlos, (...) mal pueden pedirme mis compañeros, enemigos y amigos, que plasme en documentos ideas sobre diferentes problemas que están en discusión, con el mismo lenguaje y estilo de otros compañeros. Dejo claro que no estoy dispuesto a entrar en el juego del intercambio de documentos por cuanto tengo consciencia de que por esta vía no se consiguen los objetivos.

La elaboración de una línea justa debe salir de la discusión franca y abierta de los revolucionarios. He sostenido reiteradamente que estoy dispuesto a sostener reuniones con todos los compañeros, gente del FLN, del PRV, MOSAN y con la gente del partido, para ir recogiendo a través del intercambio de ideas, en reuniones, las conclusiones más sanas para salir adelante y allí en colectivo, los compañeros que estén en capacidad de sistematizar por escrito esas ideas, que vayan de forma gradual conformando una línea general para el movimiento revolucionario.

Esta es mi posición, esta es mi decisión y disposición. Esta es la causa por la cual no he hecho un documento firmado por mí solo. Sé lo que busco y sé cómo conseguirlo.

Américo Silva, 1969.



**Comandancia del Frente Guerrillero Antonio José de Sucre:
Américo Silva, Julio Escalona, Gabriel Puerta y Carlos Betancourt.
Montañas del Turimiquire, Monagas.
Foto: Jacobo Lezama. 1969.**

Américo defendía, hasta el final, lo que consideraba justo y para él lo justo era lograr el triunfo para el pueblo, no la consecución de laureles personales y posiciones de “mando y fama” que algunos anhelaban desde cafetines o escritorios académicos.

Practicaba la crítica y la autocrítica como elementos necesarios para el avance, pero nunca para complacer a nadie.

Cuando Américo Silva ingresa a la lucha política venezolana está en un proceso de formación enriquecido por el trabajo y la lectura. Primero abordó cuantos materiales llegaron a sus manos. Luego pasó a lecturas selectivas, al estudio del marxismo-leninismo y de todos los procesos de cambio y desarrollo del movimiento revolucionario mundial. Esos conocimientos afianzan su determinación y convicción de permanecer como revolucionario de vanguardia hasta el final de sus días.

De esta forma, con el estudio, el intercambio de ideas y su práctica, el movimiento revolucionario venezolano ganó para sí, a un joven que aprendió y comprendió al calor de la práctica revolucionaria que se debía traspasar el límite de los intereses personales. Combatir por

los derechos y objetivos colectivos y no sólo por la subsistencia individual; ir del ámbito doméstico hacia lo social y más allá de las fronteras de las reivindicaciones gremiales o pequeñas reformas sociales.

Américo Silva, entró a la lucha de su pueblo como amigo de una causa libertaria contra la dictadura Perejimenista y luego ganó su militancia en el fragor del proceso y siendo un combatiente que no soslayó ninguna actividad por más riesgosa que esta fuera. Un guerrillero de vanguardia que luchó contra el capitalismo y todos sus métodos de explotación en ciudades y campos. Preclaro, en la necesidad de derrotar al imperialismo, del signo que fuera, y a sus aliados dentro y fuera del país.

Sabía, y así lo practicó, que a los enemigos de los desposeídos había que combatirlos en todos los terrenos y haciendo uso de todas las formas de lucha necesarias.

Américo Silva fue parte de la vanguardia de aquella generación de los sesenta. Oleada de hombres y mujeres decididos a cambiar la realidad del país con los paradigmas del marxismo-leninismo, ideas que se revitalizaron con la heroica lucha del pueblo vietnamita

en contra del colonialismo francés y los invasores norteamericanos, y el triunfo de la Revolución Cubana, entre otros hechos de impacto mundial.

Venezuela, que venía de padecer y derrotar a la violenta dictadura de Pérez Jiménez, acababa de ser entregada al imperialismo norteamericano con la traición negociada en Nueva York por Rómulo Betancourt, entrega reafirmada internamente con el Pacto de Punto Fijo cuyos gobiernos burgueses se encargaron de reprimir intensamente a la población.

Esa traición fue enfrentada por miles de revolucionarias y revolucionarios que luego de encarar las cámaras de tortura de la Seguridad Nacional de Pérez Jiménez, también debieron desafiar a los órganos represivos de la Cuarta República: la DIGEPOL, el SIFA, la DISIP, el DIM; y los cercos antiguerrilleros y sus criminales Teatros de Operaciones (TO) comandados por militares entrenados por los gringos en la Escuela de las Américas, academia de homicidas creada por el imperialismo en 1946 para detener el avance de las fuerzas revolucionarias en América Latina.

A esa maquinaria de barbarie se opuso Américo Silva y su generación, pléyade de mujeres y hombres cuyas organizaciones políticas fueron ilegalizadas al denunciar y confrontar las medidas entreguistas. Legión de ciudadanas y ciudadanos cuya conciencia les ubicó en la imperiosa necesidad de tomar el poder mediante la lucha armada y sobre las bases de teorías socioeconómicas de mayor contenido proletario.

Caídos en combate como Américo, desaparecidos o asesinados en cámaras de torturas, están cientos de revolucionarias y revolucionarios de aquella época: *Emperatriz Guzmán, Miriam Barreto, Livia Gouverner, Trino Barrios, Luis Tineo Gamboa, Alberto Lovera, Chema Saher, Cornelio Alvarado, Argelio Reina, Juan Chacón Lanza, Fabricio Ojeda, Argimiro Gabaldón, Félix Faría, Donato Carmona, Felipe Malaver, Luis Hernández, Hildemar Antonio Ruíz, Hugo Guzmán Jaramillo, Jesús Márquez Finol, Tito González Heredia, Jorge Rodríguez, Noel Rodríguez, Jovito Faustino Lugo, Quintín Moya, Argenis Betancourt, Juan Bautista Álvarez, Víctor Soto Rojas, Omar Márquez, Vicente Contreras Duque, Julio César Guzmán, los hermanos Federico y José Rafael Bottini Marín, Roberto Rincón*, así como tantos otros camaradas caídos en Cantaura, Yumare, Cárcel de La Pica, y en otros tantos escenarios de batalla.

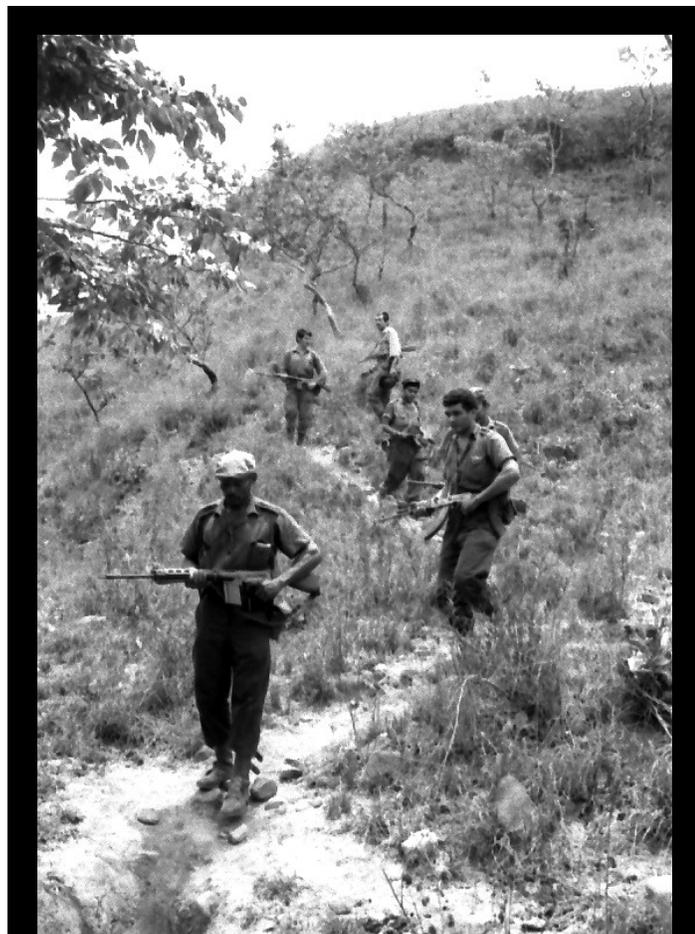
Todas y todos son parte de nuestra reciente historia de lucha y constituyen para las generaciones venideras altas referencias de ética y moral revolucionaria.

Después de la lucha contra la dictadura, Américo Silva se mantuvo durante 12 años en la lucha armada (1960-1972). Doce años combatiendo por el pueblo sin interrupción, dudas ni sesgos. Vivió con entusiasmo y luchó con vehemencia por la toma del poder y la instauración del sistema socialista en nuestro país.

Murió convencido de que él y su pueblo habían nacido para ser libres y que esa libertad sólo se podría conquistar luchando contra toda forma de opresión, contra el imperialismo, el capitalismo y sus terratenientes y lacayos.



Desde joven supo que el camino era abrir cauces a otro sistema de interrelación social, construir una sociedad socialista, única tesis generada por la lógica humana capaz de erradicar la miseria y proporcionar niveles superiores de vida a los excluidos y explotados.



Columna del Frente Guerrillero Antonio José de Sucre. Adelante, el legendario Viejo Ruperto (Francisco Jiménez).
Foto: Jacobo Lezama.

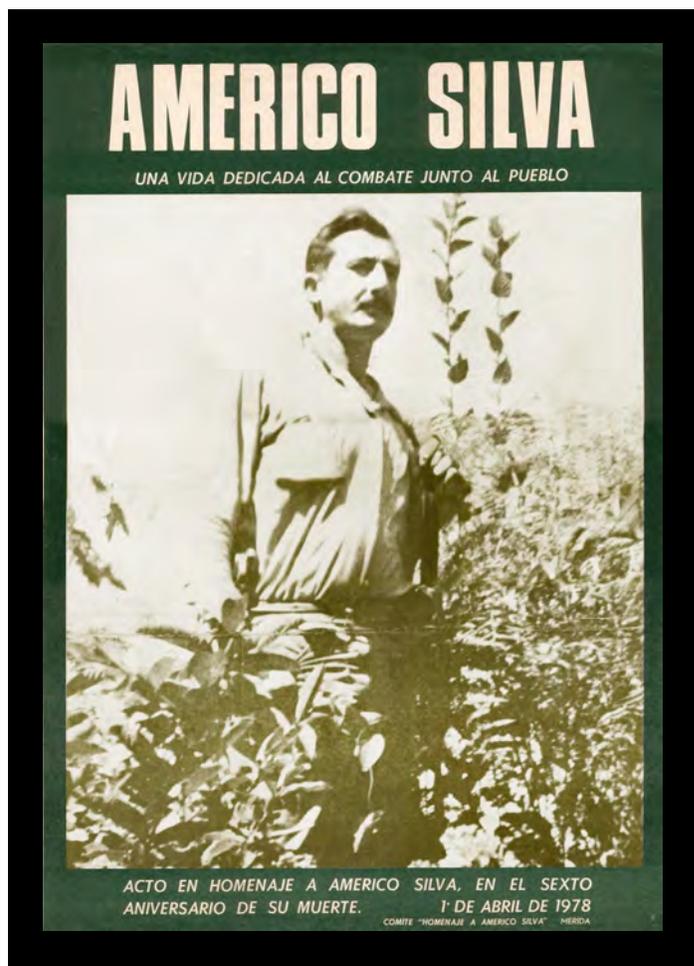
No titubeó, ni se pacificó. Cumplió hasta el final su compromiso histórico. No traicionó ni a la clase social de donde provenía, ni a sus compañeros, ni a su familia, ni a su patria. Siempre decía: “Moriré con las botas puestas”. Y así fue, murió con las botas puestas.

Con la misma preocupación que tenía por el destino del país, atendía las relaciones familiares. Se preocupaba por la vida de su familia. Mantenía una relación fluida con sus afectos cercanos y lejanos. A todos, de una manera u otra, nucleó alrededor del proyecto revolucionario.

Escribía mucho a todos y procuraba enterarse de cuanto acontecía en el seno familiar para aportar sus orientaciones. Sus razonamientos eran de sumo interés para la familia. ¿Qué piensa Américo de esto?, preguntaban muy a menudo ante cualquier asunto.

Sentía predilección por niñas y niños. Cuando llegaba a una casa en donde había algún niño, de inmediato le prestaba especial atención. Cuando había posibilidad de ver a sus hijos, les dedicaba todo el tiempo: les hacía la comida, se las daba, les enseñaba normas en la mesa, los bañaba y vestía.

Para divertirlos les inventaba juegos, adivinanzas y canciones que acompañaba con una guitarra o un cuatro. A los hijos les escribía con frecuencia expresándoles sus criterios sobre el estudio y el buen comportamiento hacia los abuelos y demás personas. Las respuestas de sus pequeños, generalmente dibujos y pequeñas frases, las dejaba en custodia en aquellas casas por donde pasaba en su trajinar permanente y a las cuales podía volver con cierta frecuencia.



En 1965, en su tránsito por Pamplona, Colombia, vía la Habana, envió al hijo mayor una tarjeta: “Para mi hijo como expresión de mi recuerdo diario ¡Felicidad en estas navidades!”. Al abrirla salía una mariposa que volaba por los aires.

Con “la mariposa voladora” crecieron y atesoraron recuerdos del padre. Aún se conserva. No así la morrocoya ni la brújula. Los dos fusiles de palo que talló junto a otro camarada, poco tiempo antes de su caída, también fueron quedando en el camino ante las urgencias represivas.



El Comandante Américo Silva es entrevistado por el periodista Ramón Yáñez, del Diario Antorcha. Montañas del Turimiquire, Monagas. Foto: Jacobo Lezama. 1969.

Américo se preocupaba por sus amigos y compañeros. Eran suyos los problemas que tuvieran. Sentía a sus camaradas de lucha como hermanos. Agradecido con la gente, cordial y respetuoso, siempre estaba dispuesto a resolver dificultades.

Esas condiciones humanas le permitieron cosechar amigos por todas partes. Amigos que aún sin ser militantes, le ofrecían su casa y cumplían determinadas tareas políticas; otros, que aún no compartiendo sus ideas, le respetaban y admiraban al límite de ser capaces de arriesgar su bienestar por él.

A todos ellos nuestro eterno agradecimiento. Regados por todos los rincones del país están cientos de ellos.

Por ejemplo, quienes compartieron con Américo sus primeras experiencias en Guayana, cuando era obrero en la Lavandería Bethell, que prestaba servicios a la Orinoco Mining Company, empresa explotadora del hierro.

Ellos son testigos de las luchas contra los Perejimenistas y luego contra la derecha adeca del Sindicato del Hierro en Ciudad Piar. Aún recuerdan los días cuando aquel Américo era “Operador de Primera” del Ferrocarril que trasladaba el hierro desde el Cerro Bolívar hasta los patios de la Orinoco Mining Company en Puerto Ordaz. Aquel flaco activo, militante clandestino del MIR que daba clases a los obreros sobre el manejo de la locomotora y sus 105 vagones.

De aquel tiempo son las luchas políticas libradas en el plano gremial contra la dictadura.

Posteriormente, en los inicios del gobierno de Rómulo Betancourt y su represiva DIGEPOL, la experiencia de la Primera Escuela de Formación Político-Militar en Culantrillar, estado Monagas, iniciativa dirigida por Américo y donde participaron 60 jóvenes de Upata, Ciudad Bolívar, San Félix y Monagas. En sus memorias todavía vive la represión desatada y las prisiones sufridas.

Guardan intensos recuerdos los compañeros de trabajo del Instituto Agrario Nacional de Monagas donde Américo repartió tierras y organizó a los campesinos para librar luchas reivindicativas y batallas políticas contra los terratenientes y latifundistas.

Numerosas vivencias aún siguen presentes en cuantos, junto a él, lucharon clandestinamente para derrocar la dictadura de Pérez Jiménez y su sangrienta Seguridad Nacional. Los mismos que dentro de AD, en defensa del ideario revolucionario, adversaron y denunciaron las desviaciones de ese partido y la traición de Rómulo Betancourt.

También son testigos de la talla revolucionaria de Américo, quienes con él protagonizaron la lucha armada. Profesores, empleados y estudiantes de las universidades de Caracas y todo el país. Campesinos, liceístas y obreros ligados a las actividades del Frente Guerrillero Ezequiel Zamora que operaba en el cerro El Bachiller y demás zonas montañosas de los estados Miranda y



Miembros del Frente Guerrillero Antonio José de Sucre posan tras declarar sobre el proceso de pacificación y la situación nacional.

De izquierda a derecha: Francisco Jiménez (El viejo Ruperto), Carlos Betancourt, el padre Acosta, representante de la Iglesia; Gabriel Puerta, el periodista Ramón Yáñez, Julio Escalona y Américo Silva. Montañas del Turimiquire, por los lados de Guanaguana, Monagas.

Foto: Jacobo Lezama. 1969.

Guárico. Cientos de militantes y amigos del Frente Guerrillero Antonio José de Sucre, en las montañas de El Turimiquire, y las llanuras, ciudades y campos de Sucre, Anzoátegui y Monagas. En todas esas hermosas tierras Américo dejó huellas de su compromiso histórico.

En Guayana, el Flaco también sembró afectos. Los viejos compañeros en Ciudad Piar, los jóvenes de las fábricas, los camaradas de Matanzas, Puerto Ordaz y San Félix. Los solidarios campesinos de los caseríos de Pozo Verde y el Pao donde Américo libró su última batalla a eso de las diez de la noche de aquel viernes santo 31 de marzo de 1972.

Transcurría el gobierno de Rafael Caldera y estaban en marcha los planes de cerco y exterminio de

revolucionarios en Venezuela y toda América Latina.

Américo venía de participar en la supervisión de una escuela político-militar y junto al camarada Pedro Centeno Gómez se desplazaba en un vehículo por el kilómetro 27 de la Carretera El Pao, San Félix. Allí fueron enfrentados por una alcabala de la Guardia Nacional.

Para aquel momento, dentro de otras responsabilidades, estaba la orientación del trabajo en los sectores obreros, estudiantiles, campesinos y de barrios en la zona de Guayana. Era miembro del Comité Político Nacional de Bandera Roja, miembro de la Comandancia del Frente Guerrillero Antonio José de Sucre y responsable político-militar del Distrito Trino Barrios.



Desembarco de Machurucuto.

Hay hechos de trascendencia internacional como el Desembarco de Machurucuto (lunes 8 de mayo de 1967), cuyo análisis exige el estudio de la figura de Américo Silva y el papel que jugó en esa actividad, expresión de internacionalismo proletario.

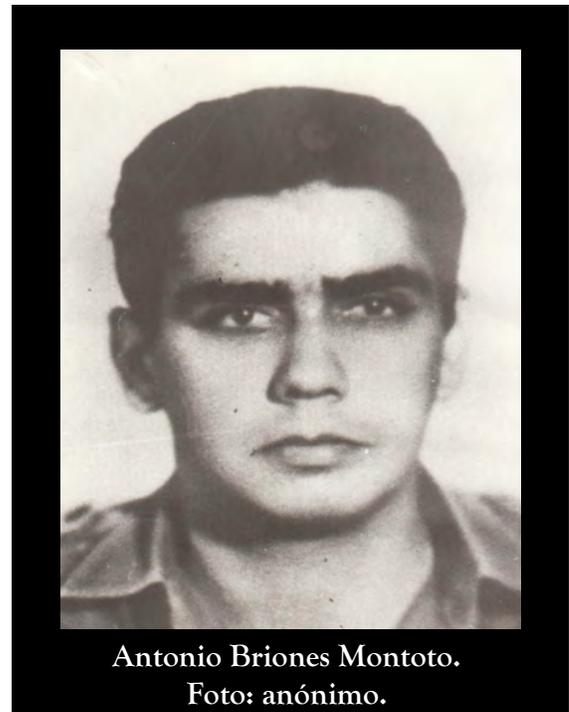
En las montañas mirandinas debía estar esperando un ejército revolucionario, la mayor cantidad de cuadros dispuestos a tomar el poder para el pueblo. Pero la canalla había fraguado distinta historia y era el ejército reaccionario el que aguardaba.

Gracias a los conocimientos de Américo, el grupo guerrillero logró romper el cerco y salvar la vida de los camaradas. Tras cuatro días de intensas caminatas finalmente hacen contacto con el Frente Ezequiel Zamora. Apenas una veintena de combatientes. Al darse cuenta de la traición sentencia: ¡Me volvieron a joder! Sí, las miserias humanas ya habían infectado las almas de algunos dirigentes del movimiento revolucionario.

Con seguridad los mismos que actualmente se abrazan a los históricos asesinos del pueblo, los mismos que no han terminado de pagar al imperio la cuota de traición que les fue exigida y por tanto, hoy defienden públicamente al poder imperial y hasta claman la presencia de marines.

Son los mismos que, sin vergüenza alguna, continúan entregando sus almas, sus familias y su patria. Para

ellos está el ruinoso basurero de la historia. En su cuenta, entre muchas otras, están las muertes de gloriosos revolucionarios como Antonio Briones Montoto, guerrero libertario ligado a la memoria de Américo Silva y de cuantos camaradas participaron en aquella gesta.



Antonio Briones Montoto.

Foto: anónimo.

Al camarada Antonio Briones Montoto, gloria eterna; a los amigos cubanos vinculados a ese acto solidario y libertario, nuestra amistad y respeto.



Américo Silva “El Flaco, Silverio, Víctor, Ricardo o El Ciego Mariani, en el plano familiar, entre otros muchos seudónimos que usó” vive en las nuevas generaciones. En quienes honraron su nombre e historia en el Frente Guerrillero Américo Silva, (FAS). En los que hoy, separados de la organización política que ayudó a fundar, persisten en el proyecto revolucionario y desde cualquier barricada continúan defendiendo las ideas revolucionarias y luchan junto al pueblo por la construcción socialista y contra el imperialismo norteamericano.

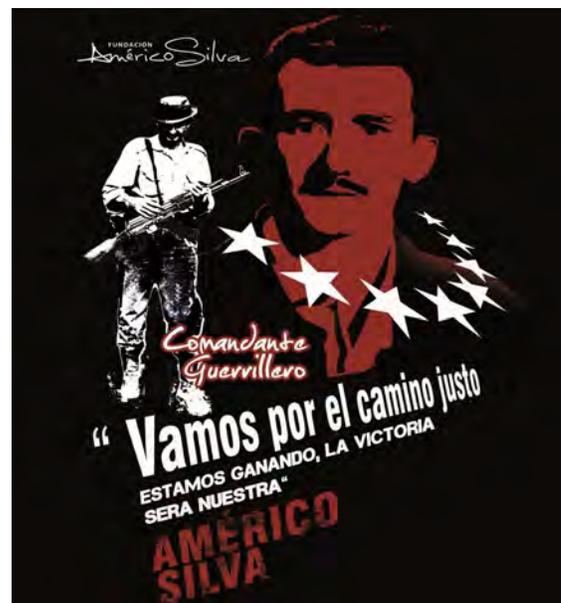


La figura de Américo, su memoria, sus convicciones y reclamos están permanentemente allí, como gota perenne, martillando lo que constantemente repetía en los años difíciles, en aquellos momentos adversos cuando los débiles comenzaban a inventar divergencias para rehuir el compromiso: “Vamos por el camino justo. Estamos ganando, la victoria será nuestra”. Los traidores del proyecto revolucionario, de ayer, hoy y siempre, deben tener presentes aquella sentencia del Flaco, axioma de un verdadero Comandante Guerrillero: “La lucha de los oprimidos, a favor del socialismo, contra el capitalismo

y su máxima expresión imperial es diversa y arriesgada y no termina ni con la traición de un desclasado ni con la muerte de un guerrero.”

Y es así, la batalla continúa y sus palabras son faro luminoso. Palabras sencillas de un flaco, ágil y risueño que con sinceridad amó y respetó a su oprimido pueblo. Es por eso, que en la parcela 4, vereda 16, terraza 13 del cementerio de Chirica, en San Félix, cuidadores y enterradores a menudo colocan una flor y barren su tumba. Uno de ellos, en cada aniversario, le canta el Bella Ciao y aquella hermosa composición ¡Hasta Siempre!, que le hiciera Carlos Puebla al Comandante Ernesto (Che) Guevara. Otros sólo permanecen reflexivos ante la determinante sencillez del epitafio: *¡Patria o muerte, Venceremos!*

Argelia Velázquez de Silva
Docente y Comunicadora Social
Caracas, mayo 2007.



Américo Silva

*Hombre del pueblo,
guerrero del pueblo*

Argelia Velázquez de Silva

Ediciones digitales de la Fundación Américo Silva
2021, Caracas, Venezuela.
fundacionamericosilva@gmail.com

FUNDACIÓN
Américo Silva

Hombre del pueblo, guerrero del pueblo



La figura de Américo, su memoria, sus convicciones y reclamos están permanentemente allí, como gota perenne, martillando lo que constantemente repetía en los años difíciles, en aquellos momentos adversos cuando los débiles comenzaban a inventar divergencias para rehuir el compromiso: “Vamos por el camino justo. Estamos ganando, la victoria será nuestra”.

Los traidores del proyecto revolucionario, de ayer, hoy y siempre, deben tener presentes aquella sentencia del Flaco, axioma de un verdadero Comandante Guerrillero: “La lucha de los oprimidos, a favor del socialismo, contra el capitalismo y su máxima expresión imperial es diversa y arriesgada y no termina ni con la traición de un desclasado ni con la muerte de un guerrero.”